

## Capítulo VIII

### *De la lectura a que deben dedicarse los que deseen poseer algún día la elocuencia parlamentaria*

El hombre debe formar primero su educación oratoria para llegar con el tiempo a ser orador. No negaremos nosotros que para lograrlo entran por mucho las disposiciones naturales; pero sí nos atrevemos a asegurar que entran por mucho más el estudio y el ejercicio, que es lo que constituye aquella educación. La palabra puede compararse a un instrumento músico. En el mismo piano el simple aficionado que no ha adquirido nociones fundamentales, y que sólo se ha dedicado por placer, apenas toca algunos aires ligeros, en tanto que el profesor, que ha invertido su vida en el estudio de la música y que comprende sus delicados misterios, toca armonías inexplicables, nos deleita, nos conmueve, nos entusiasma, y nos trasmite los tiernos o arrebatadores sentimientos que han traducido en notas Thalberg, Doler, Herz, Prudent, Gloria y Listz. Esto es también lo que sucede con la palabra. Convencidos de esta verdad, queremos tomar como por la mano al que aspira a ser orador, y señalarle paso a paso el camino que debe seguir.

Creemos que lo primero que debe hacer es elegir buenos modelos, estudiarlos, analizarlos y trabajar sobre ellos lenta y concienzudamente. A este trabajo debe preceder el conocimiento de la retórica y una instrucción suficiente y variada. Leído una y otra vez un discurso, debe dividirlo en las partes de que se compone, estudiar su estructura, su forma, y sus proporciones, descender a cada uno de sus períodos y hasta de sus frases, para tomar así un sabor, un tono, y un gusto que son la mejor preparación para las tentativas ulteriores. ¿Pero qué obras, qué discursos, se nos preguntará ciertamente, son los que deben tomarse por modelos, para hacerlos objeto de ese estudio reflexivo? Vamos a exponer nuestra opinión razonada en materia tan importante, y qué tanto influye en el suceso.

Como preparación, y antes de contraerse a discursos oratorios con forma y medida de tales, creemos que deben leerse y meditarse mucho los libros sagrados; porque en ellos se encuentran pensamientos profundos a la par que brillantes, energía, concisión, bellísimas comparaciones, alegorías, y cuanto forma el gusto y lleva a la grandilocuencia. Es imposible que el que se dedica a esta lectura, no se conmueva y eleve, y no se sienta transportado a otras regiones muy diversas de las comunes y prosaicas en que ordina-

riamente vivimos. En las sagradas letras todo es vivo, todo animado, todo grandioso. Ya demostramos con varios ejemplos en el primer tomo, al tratar del sublime, que nada lo era tanto como la Biblia: ahora citaremos ligeramente algunos pasajes, para que se vea con cuanta razón aconsejamos su lectura al que quiera llegar a ser orador distinguido.

Moisés pasa el mar Rojo con su pueblo fugitivo, y al verse libre de Faraón, entona este himno de reconocimiento: “Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y derribó en el mar al caballo y caballero; y a los carros del Faraón y su ejército fueron arrojados al mar; asimismo sus príncipes escogidos fueron sumergidos en el mar Rojo. Los abismos los cubrieron; descendieron al profundo como una piedra. Y con la multitud de tu gloria, has derribado a tus adversarios. Enviaste tu ira que se los tragó como una paja.

Y con el sople de tu furor, se amontonaron las aguas: paróse la ola corriente. Amontonáronse los abismos en medio del mar.

Dijo el enemigo: “los perseguiré y alcanzaré, repartiré sus despojos, se hartará mi alma, desenvainaré mi espada, y los matará mi mano. Sopló tu espíritu, y cubriólos la mar. Fueron sumergidos como el plomo en aguas impetuosas....

Porque Faraón entró en el mar con sus carros y gente de a caballo; y el Señor revolvió sobre ellos las aguas.

Mas los hijos de Israel anduvieron por lo seco en medio de las aguas. Y respondía el pueblo: “Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido, y derribó en el mar al caballo y caballero”.

¿Y qué pensaremos de los cantos de Salomón? En ellos decía: “¿Quién subió al cielo y descendió? ¿Quién contuvo el viento en sus manos? ¿Quién recogió las aguas como un vestido? ¿Quién levantó todos los términos de la tierra?”. Estos dos pasajes son de una sublimidad inimitable, al paso que sus comparaciones tan felices como magníficas, dan al alma una valentía de conceptos y una elevación solemne, que en vano se buscaría en otra parte.

No menos grande e imponente es el lenguaje de las profecías. La que anunciaba la ruina de Babilonia, se expresa en estos términos formidables: “la soberbia Babilonia, ilustre entre las naciones, orgullo de los Caldeos, será destruida como Sodoma y Gomorra. Será un desierto hasta el fin del mundo, y no la verán restablecida las naciones. El Árabe no plantará en ella su tienda, ni los pastores se detendrán allí. Será el refugio de los animales feroces, sus palacios se llenarán de serpientes, habitarán en ellos aves de mal agüero, y bajo sus techos suntuosos abundarán las bestias feroces lanzando espantosos aullidos”.

En términos no menos terribles exclamaba Jeremías: “¡Oh espada del Señor! ¿Cuándo descansarás? Vuelve a la vaina, refréscate, y enmudece. ¡Oh! ¿Cómo ha de descansar si Dios la ordena que se afile contra Ascalón, y contra sus comarcas marítimas?”.

La que habla de Ciro, dice: “Yo soy el que digo a Jerusalén: tú serás habitada; y a las ciudades de Judá, vosotras seréis edificadas y yo poblaré vuestros desiertos. Ciro es mi pastor y cumplirá mi voluntad: y diré a Jerusalén, *levántate*; y al templo, *sal de tus ruinas*”.

Pero no es menos notable en su género esa profunda y sagrada melancolía que se nota en otros pasajes.

Así se lamentaban los judíos en su desgracia: “Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentamos y lloramos acordándonos de Sion. Colgamos nuestras cítaras de los sauces en la tierra del desierto: allí nos demandaron los que nos llevaron cautivos, palabras de canciones: los que nos arrancaban quejidos de dolor, nos pedían cantos de regocijo. *Cantadnos un himno de los cánticos de Sion*. ¿Cómo cantaremos en tierra extraña? Si me olvidase de ti, Jerusalén, a olvido sea entregada mi diestra. Quede mi lengua pegada a mi garganta, si no me pusiera a Jerusalén por punto principal de mi alegría”.

¿Se quiere otra muestra de esa tristeza indefinible, que penetra y quebranta al alma? Oigamos al mismo Jeremías: “¡Oh, cómo está sentada solitaria y desolada la ciudad antes llena de pueblo!” Ha quedado como viuda y tributaria la señora de las naciones, y no hay quien la consuele entre todos sus amados. Todos sus amigos la despreciaron y se la hicieron enemigos. Los caminos de Sion están de luto, porque no hay quien venga a sus solemnidades, desde que el Señor la ha castigado por su iniquidad. Han penetrado los extranjeros en su templo. Sus doncellas y sus mancebos han sido llevados en servidumbre. Se hizo al Señor como enemigo, oprimió Israel, demolió sus murallas, llenó de abatimiento a la familia de Judá, y a olvido dio su fiesta y su sábado; ya no hay ley, y sus profetas no hallaron visión del Señor”.

¿Se quiere dulzura, suavidad, armonía, esas comparaciones sencillas y tiernas que tanto embellecen la poesía bucólica? Búsquese el libro de los cantares atribuido a Salomón. En él dice la pastora: “No me consideréis que soy morena, porque el sol me estragó el color: los hijos de mi madre me maltrataron; pusiéronme por guarda de viñas; mi viña no guardé. ¡Oh, tú, a quien ama mi alma, muéstrame dónde apacientas tus rebaños y dónde sesteas al medio día... oh, qué hermoso eres tú, amado mío!... Como el manzano entre los árboles de las selvas, así es mi amado entre los hijos.

A la sombra de aquel a quien yo había deseado, me senté; y su fruto dulce a mi garganta. ¡Oh! Sostenedme con flores, porque desfallezco de

amor. La izquierda de él debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará. La voz de mi amado: vedle que viene saltando por los montes, semejante al cervato.

¡Oh! Ven, amado mío: salgamos al campo, moremos en las granjas. Levantémonos de mañana a las viñas, para ver si producen fruto las flores. Allí te daré lo más dulce que tenga... He guardado para ti las frutas nuevas y las añejas... ¡Oh! Si fueses mi hermano y hubieras mamado la leche de mi madre, hallándote fuera, te besaría y nadie me despreciaría”.

Y el amado responde: “Conjureros hijas de Jerusalén por las corzas y por los siervos de los campos, que no turbéis el sueño de mi amada. Sus ojos son como los ojos de la paloma: mi amada es entre las doncellas como el lirio entre las espinas. Levántate, ven, mi amiga, mi paloma. Las flores aparecieron en nuestra tierra: se ha oído en nuestra tierra la voz de la tórtola: la higuera brotó sus brevas: las viñas en cierne dieron su olor. ¿Quién es esta que sube por el desierto, como varita de humo de los aromas de mirra y de incienso? ¡Oh, qué hermosa eres! Tus cabellos son como manadas de cabras que treparon del monte de Galaád. Y sus dientes como manadas de ovejas trasquiladas: tu talle esbelto como la palmera: como cacho de granada, así son tus mejillas: tus pechos como dos cervatillos mellizos de corza, los cuales se apacientan entre lirios. Ven, del Líbano, esposa, hermana mía, ven, serás coronada”.

En otra parte cuenta la esposa lo que le ha sucedido por la noche. “Yo duermo, y mi corazón vela: la voz de mi amado que toca: ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi sin mancilla; porque mi cabeza llena está de rocío, y mis guedejas de las gotas de la noche... mientras vacilaba, mi amado metió su mano por el resquicio, y a su toque se estremecieron mis entrañas. Levánteme para abrirle, y mis manos destilaron mirra. Cuando abrí a mi amado, el pestillo se había ya desviado. Mi alma se derritió luego que habló.

La busqué y no le hallé; le llamé y no me respondió.

Conjureros hijas de Jerusalén si hallaréis a mi amado que le aviséis que de amor desfallezco. Por si no le conocéis, es blanco y rubio, escogido entre millares, su cabeza oro muy bueno, sus cabellos como renuevos de palmas, negros como el cuervo. Sus ojos como las más blancas palomas, sus mejillas como eras de aromas plantados por los perfumeros: sus labios lirios que exhalan su primer perfume...”.

¿Se quieren descripciones, o más bien retratos? Véase el que se hace de una mujer pública. “Sale a la calle para cazar almas, parlera y aduladora, y haciendo del mancebo, le besa con semblante desvergonzado y le acaricia diciendo: “sacrificio ofrecí por tu salud, y hoy cumplí mis votos: por esto

he salido a tu encuentro deseosa de verte, y te he hallado. He encordado mi lecho, y le he puesto por paramento cobertores bordados de Egipto: he rociado mi cámara con mirra y aloe y zinamomo.

Ven, embriaguémonos de amores hasta que amanezca el día porque el marido no está en la casa: se fue a un viaje muy largo. Síguela el mozo como el buey que llevan al sacrificio, como cordero que retoza y no sabe que es traído al matadero, hasta que una saeta le atraviesa el lomo: como ave que va al lazo, y no sabe que se trata del lazo de su vida”.

No es menos bello el retrato de la mujer buena. “¿La mujer fuerte, quién la hallará? Inmenso es su precio; confía en ella el corazón de su marido, y no tendrá necesidad de despojos. Le dará el bien y no el mal durante los días de su vida. Buscó la lana y lino, y lo trabajó con la industria de sus manos. Y se levantó de noche, y dio la porción de carne a sus domésticos, y los mantenimientos a las criadas. Tomaron sus dedos el huso. Abrió su mano al desvalido, y extendió sus palmas al pobre... echó delicados lienzos, y los vendió... abrió su boca a la sabiduría, y la ley de la clemencia está en su lengua. Consideró las veredas de su casa, y no comió ocioso el pan”.

Tal es el lenguaje de los libros de los Hebreos: es la voz del sentimiento que se infiltra en el alma, que derrama en ella, que la halaga o la sacude fuertemente, que la hace recorrer toda la escala de las sensaciones, imprimiéndoles un sello santo, que en vano intentaría grabar en sus obras la mano frágil y perecedera del hombre. Es un drama en que los actores son Dios y el pueblo, las dos cosas más grandes que concebimos, y en que los cuadros se han trazado de un modo que corresponde dignamente a esta grandeza. No sin fundamento, pues, suponen las tradiciones rabínicas que la lengua hebraica fue la primitiva enseñada por el mismo Dios al hombre, y así no debe extrañarse que el orientalista Jones diga que la Biblia contiene más elocuencia, más riqueza poética, y en suma, más bellezas de todas clases que se pueden hallar en todos los libros juntos, cualquiera que haya sido el siglo y el idioma en que se hayan compuesto. ¿Podrán compararse a estos libros los Vedas de la India? ¿Qué valen para retratar la divinidad aquellas palabras: “Con mi forma llega al cielo, me paseo como ligero sople, habito encima de los cielos, más allá de la tierra, y soy lo infinito?”. ¿Qué valen las palabras del oráculo de Chipre, consultado sobre la esencia de Serapis, cuando contesta: “mi cabeza es la bóveda de los cielos, mi vientre es el mar, mis pies están sobre la tierra, en las regiones del eterno, mis oídos, mis ojos son la faz espléndida del sol que ve a lo lejos? Todas estas son magníficas hipérboles; pero que no llegan ni con mucho a la sublimidad, armonía y bellezas de los libros hebraicos. Su solo *fiat lux* vale por mil producciones ricas en imágenes y henchidas de sentimiento. He aquí por

qué recomendamos tanto la lectura de estos libros como la mejor preparación para entrar después en los trabajos oratorios: porque como ha dicho un autor recomendable, la Biblia es el libro de todos los siglos, de todos los pueblos y de todas las jerarquías: posee consuelo para todos los dolores, verdades para todos los tiempos y nutriendo a las almas con las palabras de vida, eleva el entendimiento y cultiva el gusto de lo bello. Ella ha inspirado la divina comedia, el paraíso perdido, las oraciones fúnebres de Bossuet, la *athalia* de Racine, y los himnos sagrados de Manzoni.

Pasando después a la literatura Griega, deben leerse y estudiarse los oradores y los maestros. El primero entre todos estos últimos, es sin duda Isócrates, de quien nos han transmitido el elogio más magnífico Dionisio de Halicarnaso al establecer su comparación con Lisias: y sin embargo, creemos que el que aspire a brillar como orador en nuestros tiempos, no debe tomar ni el tono ni los giros de autor tan distinguido. Él escribió siempre para que se leyera, y no habló nunca para ser escuchado. Sus discursos por lo tanto, como formados para ser sometidos en calma a todas las observaciones de la crítica más rigurosa, están ajustados a medida y a compás, todos los períodos tienen casi la misma estructura y casi la misma duración; corren de una manera tranquila y apacible, más a propósito para deleitar que para mover, y carecen de aquellos arranques, de aquellos movimientos de animación y entusiasmo, de aquellas imágenes atrevidas que son tan necesarios en los debates de nuestras actuales Asambleas. Generalmente hablando, un discurso que se encuentra brillante cuando se escucha en boca del orador, no conserva sino un color pálido si se imprime para ser leído; y por el contrario, un discurso escrito con todas las proporciones y reglas, no produce efecto alguno si se recita fielmente en la tribuna. Las oraciones del maestro a quien aludimos serían, trasladadas al debate parlamentario, la mejor prueba de esta verdad. La dirigida a Demónico, a Nicocles, los Panegíricos, la oración a Filipo, la que se titula Archidamo, escrita con motivo de la guerra entre los Tebanos y los Lacedemonios, oración que Filostrato cree ser la mejor de Isócrates; la llamada Areopagítica, la más atrevida de todas, porque tendía a variar la forma de gobierno, la social o de la paz que escribió Isócrates cuando tenía ya ochenta años, el elogio fúnebre de Evágoras, el Panegírico de Helena, y el irónico de Busiris, el discurso titulado Panatenayco, de que habla Cicerón en su tratado de la vejez, empezado por el autor a los noventa y cuatro años, y concluido después de una enfermedad a los noventa y siete, la oración contra los sofismas y los ocho discursos llamados judiciales, todas estas obras, repetimos, fabricadas con sumo cuidado, con sumo orden y con suma corrección, revelan en su fondo y en sus formas, la tibia inspiración de la soledad y del

gabinete, y son más propias a producir el recreo del espíritu, que a excitar las emociones del corazón. Por este motivo sin duda, dice Quintiliano: “Isócrates es puro y aliñado, y mejor para la palestra que para la pelea. No hay gracia ni adorno que no se emplee, y hace bien, porque escribe no para ser escuchado en las juntas públicas, sino para ser leído”. Cicerón en su tratado del mejor género de oradores, se explica en términos idénticos: “aún al mismo Isócrates, dice, que ha sido de todos los doctos reconocido por perfecto orador, no le pongo en este número; porque no se arma para el circo, ni se muestra con el acero, sino que su dicción da bien a entender que no es para la pelea”.

No diremos por cierto otro tanto de Demóstenes. Éste debe ser leído y releído, estudiado y profundizado con la atención más intensa y perseverante. Son inmensas las ventajas que puede sacar el que empieza y aun el orador ya formado, de las arengas, discursos, defensas y acusaciones de este hombre incomparable, y aun de la colección de exordios que se encontraron a su muerte, y que abren fácil camino a las primeras tentativas oratorias. Con especialidad sus giros, sus arrebatados movimientos y su dicción toda en la famosa cuestión sobre la corona, forman grandes modelos que no será a todos posible imitar; y ya que hablamos de esta lucha de gigantes, necesario es recomendar como oradores de primer orden a Pericles, Esquines, Foción, Alcibíades y Pisístrato.

Antes de separarnos de la elocuencia griega, aconsejaremos la lectura de las oraciones de Ciro, de Crysantas, de Feraulas a los Persas, del rey de Asiria, de Gobrias Asirio, de Artabazo, de Cambises, del capitán Clearco, del capitán Menón, de Tisafernes, de Cleanor, de Timasión y de Genofonte, que nos ha conservado este último en sus apreciadas obras.

Pasando a la elocuencia latina, Cicerón forma la figura colosal que atrae y fija nuestras miradas. Salustio nos ha transmitido el discurso de Catilina a sus cómplices para exigirles el juramento de fidelidad, a que es fama siguieron libaciones de vino mezclado con sangre humana. La oración de cicerón al Senado, los dos discursos de Cayo César y Marco Caton, sobre la pena que debía imponerse a los conjurados presos, y el discurso de Catilina a sus soldados al ir a dar batalla. La lectura de estas arengas y de las otras tres que con el mismo motivo dirigió Cicerón al Senado y a los quirites, son tipos acabados que se deben estudiar muy profundamente. Pero aún esto sería encerrar en muy estrecha periferia el provecho que podemos sacar del orador armonioso y elegante que fue a la vez la gloria y la admiración de Roma.

Deben, pues, leerse en Cicerón la oración en favor de la ley Manilia y en alabanza de Pompeyo contra el dictamen de hortensio y Catulo, la oración

en que patrocinó a Aulo, Licinio, Archias, la que pronunció aquel orador insigne después de su vuelta del destierro dando gracias al pueblo, la que dirigió al senado con el propio motivo, la que pronunció a favor de Milon por la muerte de Clodio, la pronunciada con ocasión de la vuelta de Marco Marcelo, la que hizo por Ligario, por el rey Deyotaro, y las filípicas contra Marco Antonio.

Acercándonos a los tiempos modernos, deben también estudiarse los oradores parlamentarios ingleses. La reseña que de ellos hicimos en el primer tomo al recorrer la historia de la elocuencia, nos excusa de dilatarnos ahora sobre el mismo punto. Pasaremos, pues, a los oradores franceses del tiempo de la Revolución.

Al frente de todos ellos está Mirabeau, astro que brilló como ningún otro en la asamblea constituyente. Sus discursos corren reunidos en tres tomos, que merecen un estudio detenido y reflexivo. Apenas hay uno en que no resplandezcan las brillantes cualidades oratorias de aquel hombre colosal; si bien los pronunciados en ocasiones solemnes o de peligro llevan un sello de elevación, de sublimidad y de magnificencia que colocan al orador en una altura inconmensurable.

Pero otros oradores se presentaron en la escena en aquellos tiempos borrascosos de agitación y de entusiasmo. Recomendamos la obra en veinte y tres tomos, que con el título de “*Choix de rapports, opinions et discours prononcés a la tribune Nationale*”, ha conservado el cuadro de tan admirables producciones.

Los discursos del general Foy pronunciados en la tribuna de los diputados, también merecen ser atentamente leídos, aunque no tengan la fuerza, los giros atrevidos, las imágenes valientes o felices que los de Mirabeau: y lo propio decimos de los del desgraciado patriota Benjamín Constant.

Por último, y fijándonos para concluir en los oradores que han ostentado el poder de la palabra desde el año 30 a acá en las Cámaras Francesas, dignos son de honorífica mención y de estudio, los discursos de Mr. Mauguin, Odilon-Barrot, Berryer, Dupin Lamartine, Thiers, Guizot, y otros varios.

Mas el que aspire a la elocuencia varonil inmensamente poderosa, elocuencia sin rival y sin dique, que se proponga por modelo a O'Connell: a ese hombre consagrado a la defensa del pueblo, y con quien el pueblo se ha mostrado como pocas veces, justo y reconocido.

Todavía aconsejaremos al que quiera ser orador parlamentario, que consagre algunas horas a la lectura de la oratoria Sagrada. Prescindiendo de que todos los géneros de elocuencia se tocan y prestan recíprocos auxilios, hay ocasiones en que el lenguaje del orador parlamentario debe tener la



*La Elocuencia Parlamentaria*

severidad y austeridad que las oraciones del púlpito, y para esos casos será bueno que el orador haya leído a Flechier, Massillon, y como más próximo a nosotros y más en el gusto de nuestros días, al padre Lacordaire.

Finalmente, que el orador se dedique por separado a la lectura de las obras poéticas, entendiéndose bajo este nombre, no sólo las de número y medida, sino todas aquellas en que brillan la imaginación, los giros de la fantasía y los pensamientos elevados.

El orador parlamentario cuyo lenguaje no es poético, no es más que medio orador. Lord Byron, Chateaubriand, Lamartine y otros, ofrecen abundantes modelos para formar el mejor gusto.

Réstanos sólo dar una ligera ojeada a nuestra elocuencia parlamentaria actual.